



Jacques Maritain.

incluso con temas como el de la libertad y la Providencia de Dios en forma totalmente nueva.

Por último, resume todas sus ideas políticas de base en su «El hombre y el Estado», donde la participación a todos los niveles, el sentido democrático de la vida y la libertad más respetuosa para con todos, son sus bases.

En lo económico-social se inspiró en el anticapitalismo de René Schweb, otro convertido al catolicismo que definía este sistema como una «abyecta sociedad de egoístas hipócritas y de egocéntricos disfrutadores privilegiados, en el fondo ateos o gentes que se sirven de la religión para defender sus privilegios y sus cajas fuertes» (H. Bars. *La Política según J. Maritain*. Ed. Ouvreires. París). Por eso pretendía luchar contra el mundo moderno «fundado equivocadamente sobre los dos principios contra la Naturaleza, el de la fecundidad del dinero y el de la finalidad única de lo útil». Pretendiendo que se llegase a una nueva sociedad en la cual «se obtuvieran gratis el mayor número de cosas posibles».

Este hombre que no pudo realizar en Francia su magisterio académico, y lo hizo principalmente en Norteamérica, ahora es pregonado por los franceses como uno de los principales genios del pensamiento francés de este siglo.

Lástima que tuviera la debilidad, al final de su vida, de publicar el libro irónico «El campesino del Garona», en

el que da muestras de una superficialidad increíble al juzgar el posconcilio. Pero esto no debe empañar el resto de su vida, que si hoy ha quedado anticuado, en su tiempo fue el trabajo de un avanzado pionero en medio de un catolicismo mortecino y encerrado en sí mismo sin perspectivas de porvenir. Lo mejor de Pablo VI cuando era arzobispo de Milán, a su pensamiento lo debe, como repetidas veces he proclamado. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Fermín Bouza y su esperanza libertaria

Durante tres años, Fermín Bouza ha rondado el Premio Ocnos. El año pasado parecía ser el favorito, pero el Ocnos fue declarado desierto, quedando finalistas Bouza, Cesare Nicolai y el argentino Alberto de Santiago (reciente ganador del Premio Leopoldo Panero). Un miembro del Jurado, Vázquez Montalbán, envió entonces una crónica a TRIUNFO, en la que, al menos él, parecía inclinarse a favor de la concesión a Bouza, calificando su obra de «independiente, salvajemente antiépica, nada sacramental, fresca, inspirada, un auténtico ejercicio de terrorismo cultural», conjunto de adjetivos que definen una posición original dentro del panorama poético actual, en medio de sus logias.

Pofesor de filosofía en la Autónoma hasta hace unos meses, trabaja ahora sobre la tríada «filosofía-lenguaje-ideología», en un intento de ligar el análisis retórico a la crítica filosófica. Cuando escribo estas líneas estará leyendo en las «Convivencias de filósofos jóvenes» —neuróticos jóvenes, me dijo—, que ya se habrán celebrado en Santiago cuando esto se publique, un trabajo sobre «El estilo y la escritura en la filosofía española de posguerra».

—Participo en los premios porque pienso que la poesía debe ser comunicación —al menos, una de sus más fundamentales vertientes—, y no hay otra posibilidad de publicación que la que el premio da. Pienso que suele faltar en los Jurados un equilibrio de tendencias que posibilite un criterio amplio de calificación. Al Ocnos mandé los dos primeros años unos borradores, sin otra pretensión que encontrar más un público sensible que un premio. El tercer año mandé ya un libro que a mí me parece más sólido, sobre la compilación de lo anterior y algunos poemas nuevos.

—Tú utilizas la palabra «sólido» para definir el libro, pero tu libro es desigual en las formas, irrespetuoso respecto a un orden, y ello ha podido influir en no dar la imagen de obra-libro-premio. ¿Anima alguna intención o subyace algún tipo de estrategia en esta manera —maneras— de hacer poesía?

—La poesía que he hecho hasta ahora utilizaba esquemas narrativos ajenos y propios, más de los primeros, para «hablar» de la esperanza libertaria. Esperanza que pretendo mostrar renunciando a un estilo único, a un tema único, a un rol, en refinitiva. Pienso que la poesía no puede vivir únicamente de la «boutade» culturalista. Hasta ahora, yo he preferido —aunque no siempre lo consiga y aunque no sea el único camino— deambular en los márgenes de la cultura. Por otra parte, te diré que estoy muy harto de la poesía: no tiene público, ni editor, ni nada que favorezca su operatividad informativa. Y además, la crítica poética es deplorable. La novela ofrece otras posibilidades. De todas formas, lo importante es trabajar y no dejar de hacerlo, pase lo que pase. Vivimos en un país muy triste, y esto llega a cansar. No hay que desmoronarse.

—Escuché hace unos días tu conferencia en la librería Machado, sobre

«Filosofía y lenguaje poético». Dada esta doble dedicación poética y filosófica, me gustaría que sintetizaras ahora la relación y dependencia entre ambas.

—El problema tiene varios aspectos. En principio, entre la poesía retoricista —esteticismo fácil— y la filosofía retoricista —la bobada lírico-ideológica— existe una estrecha relación. Por ahí van ciertos tiros. Otros, más técnicos, tratarían de reanudar la crítica radical de Wittgenstein, unida ahora a la crítica ideológica de Marx. El negativismo lingüístico y el ideológico, unidos en la crítica de los discursos. Existieron y existen esos escritores cuyo «folklorismo» falseado les denuncia al nivel de la evidencia. Esto está claro para cualquier persona mínimamente crítica. Por otra parte, pienso, y ya desde otro ángulo, que la filosofía trata de construir sobre la destrucción que la poesía cumple. Son dos momentos del lenguaje que pueden coincidir en una expresividad no académica y decididamente liberadora. Me preocupa en este sentido la educación dogmática de la gente y



la ausencia de una alternativa libertaria en las perspectivas mentales del «progresista» medio.

—Es curioso que siendo hijo de Bouza Brey, uno de los más destaca-

dos poetas en gallego y recopilador del refranero gallego, tú escribas en castellano, como Valente o como Carlos Oroza, tu compañero del Comercial. ¿Por qué?

—El gallego de ciudad vive en un ambiente castellanizado. Me encantaría escribir en gallego, y espero hacerlo algún día. Con todo, tanto en Oroza, como en Valente, como en mí mismo están presentes los temas célticos de una forma más o menos soterrada.

—Si quieres que te sea sincero, a mí me parece que esta tertulia tuya del café Comercial, practicando el «si me lees, te leo», con Oroza, y escribiendo por las mesas colectivamente, es algo pasajero, y aunque tu poesía pueda calificarse de terrorismo cultural, en ti lo que sigue pesando es la importancia de tu actividad como universitario y como investigador, y tu compadreo con los filósofos jóvenes.

—Bien sabes que no soy un bohemio ni nada parecido. Si salgo alguna vez, es para hablar con los amigos, más que por subvertir nada. Además, soy más bien tímido, y mi carácter difícilmente se adapta a ningún tipo de «farras», y menos intelectual. En este sentido prefiero una actividad menos escandalosa, lo que no implica más institucional. Yo trabajaba en el departamento de filosofía de la Autónoma, que como sabes está cerrado por el rectorado de dicha Universidad. No me preguntes por qué, porque no lo sé. Era un departamento heterogéneo e interesante. Carlos París había reunido gente de las más diversas «formas» de filosofar. Una pena. ■ F. ALMAZAN.

Vida y fugas de Alvaro Cunqueiro

La muy considerable y singularísima obra literaria de Alvaro Cunqueiro se halla aún lejos

de cualquier remota posibilidad de acceso a los achatados ámbitos de nuestra «mass culture». Esta afirmación no queda desvirtuada por el hecho de que alguno de sus libros —me refiero concretamente a la novela *Un hombre que se parecía a Orestes*, galardonada con el Premio Nadal 1968— haya alcanzado un alto nivel de ventas; determinados premios literarios son, por sí mismos y al margen del valor intrínseco de la obra premiada, mercancía fácilmente enajenable. Alvaro Cunqueiro no es ni ha sido nunca un escritor «de masas». Con ello no pretende decirse que Cunqueiro sea un autor críptico, proclive a premeditadas distorsiones del lenguaje o a gratuitos experimentos sintácticos o estructurales. Lo que sucede es que para la comprensión y el goce —en pocas ocasiones podrá emplearse con tanta propiedad como en ésta el vocablo «goce»— del frondoso universo cunqueiriano, se requiere, por parte del lector, un cierto bagaje cultural, una mínima dosis de erudición histórica y, sobre todo, la posesión de una actitud mental libre de prejuicios, abierta a todos los anacronismos y heterodoxias, propicia a todos los juegos imposibles de la imaginación. Que no lea a Alvaro Cunqueiro quien sea incapaz de admitir a pies juntillas que el excremento de cuervo del Turquestán es un óptimo aromatizante culinario, o quien niegue factibilidad a una representación teatral de «El Rey Lear» en la Itaca del Ulises homérico. En el exuberante microcosmos de Cunqueiro, las condicionantes objetivas, las leyes biológicas y las relaciones humanas se ordenan y desenvuelven según criterios totalmente inasequibles al arquetípico «homo consuetudinis», deglutidor tenaz de sopas de sobre, seriales televisivos y lujosos fascículos semanales encuadernables. El mundo literario de Alvaro Cunqueiro es